

Christian Bode

Ex-Secretario General (1991-2011) del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD), Doctor honoris causa de la Universidad Pablo de Olavide

Discurso de clausura del VIII. Congreso Internacional de la Federación de Asociaciones de Germanistas en España FAGE, Sevilla 18.-21. Septiembre 2013

*Traducción: Miguel Albi Aparicio (†)*

### **Crisis y Universidad – Educación y Globalización**

Les saludo a todos cordialmente y les agradezco su invitación para hablar aquí en el cierre de su congreso. Considero esta invitación un honor especial, ya que parece que de los aquí presentes soy yo quien menos entiende de Filología Alemana y de Alemán como Lengua Extranjera y tan solo comparte el amor a la lengua alemana (si bien este amor también le corresponde a un jurista como yo, cuya verdadera herramienta es la lengua...).

Al fin y al cabo he tenido bastante que ver, al menos en los últimos veinte años de mi actividad profesional como Secretario General del DAAD, con la promoción de la Filología Alemana y la enseñanza del alemán en todo el mundo. Haciendo una cuenta aproximada, en ese periodo hemos invertido no menos de 600 millones de euros, o como habríamos podido decir antes, más de 1000 millones de marcos, y promocionado a varios miles de lectores universitarios, a cuyos representantes aquí presentes quiero saludar muy cordialmente.

En este proceso, los países del sur de Europa desafortunadamente siempre han formado parte de nuestras “zonas problemáticas”, pero en otro sentido, ya que de siempre nos habría gustado instaurar allí más lectorados. No es lógico que en Francia e Inglaterra tengamos más de cincuenta lectorados respectivamente y

en España e Italia como mucho diez. Se puede comprobar, no solo en este congreso, la aportación de estas compañeras y compañeros tendiendo puentes entre nuestros países. Y ahora, en estos momentos de crisis de manera más clara aún, cuán necesarios son estos puentes.

En este sentido quisiera expresar, especialmente y en representación de todos ellos, mi respeto y mi felicitación al Sr. Ehlers y a los organizadores de este congreso que ahora toca a su fin, y cuya calidad ya ni siquiera mi discurso puede poner seriamente en peligro.

Estoy realmente impresionado por la variedad y relevancia de los temas, el compromiso de tantos conferenciantes y la seriedad con la que en este congreso se han abordado tanto cuestiones propias y específicas de cada especialidad como también las necesidades y exigencias de su entorno social.

Ya llama la atención de entrada la imparcialidad con la que se tratan aquí al mismo nivel los temas de Filología Alemana y de enseñanza del alemán, atribuyéndose el mismo valor y colocándose uno al lado de otro. En Alemania he tenido la impresión en ocasiones, como profano, de que la Filología Alemana y la enseñanza del alemán se diferencian como mínimo como las Ciencias Naturales de la Ingeniería: la primera reprocha a la segunda su falta de conocimiento teórico, la segunda a la primera su falta de capacidades y relevancia prácticas.

Puede ser que aquí, fuera de Alemania, sea propicio para el acercamiento mutuo entre las disciplinas el sino común de la diáspora, al igual que por ejemplo se fomenta la conciencia europea cuando en Pekín un alemán y un español se inclinan sobre el menú incomprensible de un restaurante local. (Aunque este ejemplo quizás no sea del todo apropiado, porque allí los ingeniosos propietarios de restaurantes ya hace tiempo que ofrecen sus comidas para no-chinos y otros analfabetos en forma de imágenes. Por cierto, junto con los pictogramas e iconos, cada vez más abundantes, se está produciendo el nacimiento de una nueva lengua visual global, acompañada de una comunicación en la que también en general destaca cada vez más la imagen, un tema que les sugiero como lingüistas).

Pero ahora al grano, al tema de mi conferencia, de la que por ahora ya ha quedado claro que no se trata de una conferencia de un germanista.

El título contiene cuatro grandes términos - crisis, universidad, educación, globalización - cada uno de por sí ya merecedor de toda una serie de conferencias. El que estén unidos por un “y” deja la puerta abierta a todo tipo de conexiones y causalidades, y esa ambigüedad es intencionada. Pero naturalmente, en los 50 minutos que me restan tendré que tratarlos en detalle y por separado, e intentar elaborar una sola tesis general y consistente que incluya esos cuatro términos. En aras de la debida claridad, voy a empezar exponiendo esa tesis global.

**La tesis es la siguiente: en todas las crisis, tan en boca de todos, auténticas y supuestas, el mayor de los desafíos es la globalización, para cuyo correcto desarrollo la Universidad tiene una gran responsabilidad, que en última instancia tendrá que llevarla a redefinir su propia misión educativa.**

Comencemos con la crisis, mi primera palabra clave, que ocupa este lugar privilegiado sobre todo debido al lema de su congreso, “Crisis y Creación”.

Las crisis, como es de todos conocido, pueden acabar en catástrofes o también servir como catarsis o purificación de problemas largamente acumulados. El lema de este congreso hace alusión a la creatividad de este volver a empezar. Vista de esta manera, la crisis es siempre también una oportunidad, una contradicción que, a mi entender, se expresa mucho mejor en la palabra “desafío”.

Si no queremos ser presa del desánimo e incluso de la resignación, sino ver las crisis como un desafío, si queremos más que solo soportar o capearlas, sino que incluso les queremos dar la vuelta y convertirlas en algo provechoso, entonces un diagnóstico serio y sincero es el primer paso importante. Tanto como por el contrario, un diagnóstico erróneo sería el camino seguro hacia la catástrofe. Sin diagnóstico certero no hay terapia acertada

Crisis - ¿qué crisis? ¿Qué queremos entonces decir cuando hablamos de crisis, y cuáles son, en la jerarquía de amenazas simultáneas, las verdaderas crisis a las cuales nosotros, y con esto quiero decir sobre todo la Universidad y sus privilegiados miembros, tenemos que hacer frente? ¿Y qué se esconde en el fondo de ellas?

Al hablar aquí y ahora, es decir, en Sevilla en otoño de 2013, de “la” crisis, la pregunta “¿Qué crisis?” sonará realmente cínica: la crisis del euro, naturalmente, contestará la mayoría con leve indignación.

¿De verdad? ¿Es el euro nuestro problema? ¿Es él el culpable del decrecimiento del PIB de España y de su creciente paro, con una proporción escandalosa de jóvenes? Yo no lo creo.

Antes de seguir tengo que decir que naturalmente no soy ningún experto en economía, sino tan solo, como ustedes, un interesado, un contemporáneo medianamente informado con un sentido común aún más o menos intacto, el cual, en tiempos de creciente ignorancia emocional, desde luego ya no es tan común como su nombre debería indicar.

El que me atreva a hablar de la crisis sin ser un experto se debe a tres sencillas razones:

En primer lugar todos tenemos que pagar, de una manera u otra, los platos rotos de la crisis, por lo cual también debemos poder hablar sobre cómo ha de salirse. En segundo lugar y si la miramos de cerca, la crisis no es solo económica, sino que tiene causas mucho más profundas que precisamente los expertos, que padecen visión de túnel, no ven. Y por último, los llamados ‘expertos’ en economía se han desacreditado y han quedado en tal espantoso ridículo que deberían recluirse en un monasterio de clausura en lugar de levantar el dedo con arrogancia profesoral en las tertulias televisivas y manifestar alegremente sus múltiples opiniones divergentes y aleatorias acerca de la salvación de un desastre que en parte han causado ellos mismos y en parte no lo han identificado a tiempo, en cualquier caso, no lo han previsto y no nos han advertido nunca.

Los señores que desde Wall Street, desde la City londinense o desde el barrio de los bancos de Frankfurt nos han metido en este lío, el más grande de los escándalos financieros de la historia, no fueron desde luego unos hombrecillos verdes, enemigos venidos de lejanas galaxias, sino que fueron los mejores estudiantes procedentes de las mejores Business-Schools del mundo, donde a su vez los mejores investigadores, incluyendo ganadores de premios Nobel con sueldos astronómicos, enseñan estrategias óptimas para conseguir el máximo de ganancias. Y siguen haciéndolo exactamente igual.

No, señoras y señores, este gremio ya no me merece ningún respeto, al menos hasta que no se pongan a investigar las causas, con autocrítica, seriedad y humildad, y sobre esa base lleguen a acordar soluciones comunes.

Y es que resulta insoportable para la política y las personas que sufren bajo la crisis el que unos expertos, por ejemplo en el Bundesbank, prediquen ahora el más estricto ahorro, mientras que otros (por ejemplo en Japón o EEUU) sigan defendiendo una política de gastos e inversiones públicas; que unos quieran que desaparezca el euro mientras que otros lo quieran mantener cueste lo que cueste; que unos endiosen al presidente del BCE como salvador mientras que otros casi lo criminalicen como infractor de la ley; que unos recomienden a Grecia la bancarrota estatal para que se sanee mientras que otros consideran esto el final de Europa, etcétera etcétera.

Se debería, y esto lo digo totalmente en serio, coger a los quinientos economistas de más renombre de los cinco continentes, y, sin ningún tipo de remuneración por ningún lado, encerrarlos juntos como en un cónclave papal hasta que señalicen con humo blanco a la opinión pública que han encontrado una solución común; mejor sería incluso, si hicieran esto de forma voluntaria y

Esto suena a broma y completamente utópico, pero no lo es tanto. En la investigación sobre el clima, por ejemplo, hemos logrado conformar, bajo el mando de la tan criticada ONU y a través de estrategias de investigación sometidas a votación, congresos hechos en conjunto, e informes comunes, una amplia opinión unitaria sobre determinados supuestos básicos, que sólo se atreven a discutir seriamente algunos marginados. El hecho de que después la

política no les haga cumplir las medidas acordadas a algunos estados, por desgracia también occidentales, es otra cosa.

Y es que el saber es siempre solo el primer paso, el querer y el poder tienen que venir después. Pero sin el saber hasta el querer mejor intencionado lleva a la equivocación.

Señoras y señores, esto en realidad ya ha sido una anticipación de mi segunda parte, en la que trato de las terapias en general y del papel de la Universidad en especial. Pero antes de esto hay que presentar una anamnesis y un diagnóstico objetivos, y a ellos quiero volver ahora.

Entonces, ¿qué pasa con la supuesta crisis del euro? Digo “supuesta” porque yo no la veo como tal.

Al euro le va bien, en vista de las circunstancias, desde luego no peor que al dólar o al yen japonés, dos patrones monetarios con muchatendencia a la inflación, o el renminbi chino, devaluado artificialmente, o la rupia india y su drástica caída, por nombrar sólo las más importantes.

Naturalmente la introducción del euro tuvo sus errores de parto, de naturaleza política. Una moneda común sin que exista una política económica y financiera común es un riesgo *per se* que ahora tiene que solventarse con esfuerzo a través de fondos de rescate, absorción de deuda por parte del BCE y emisiones de deuda. Y no todos los miembros estaban verdaderamente preparados para serlo, un hecho que en secreto todos los participantes tenían claro.

Pero estos puntos débiles son solo secundarios si se miden desde el potencial total del club del euro. Si todos, incluidas las potencias como Francia y Alemania, se hubieran ceñido a los criterios de Maastricht referidos al endeudamiento permitido y a la disciplina de gasto que éste conlleva (lo que España, por otra parte, hizo de manera modélica hasta la burbuja inmobiliaria), si la crisis bancaria importada de Norteamérica no hubiera tenido lugar y no se hubiera impuesto como principio la salvación de los bancos por los contribuyentes, entonces no estaríamos hablando de la crisis del euro ni de crisis ninguna.

Si no hubiera pasado todo esto - pero ha pasado. Y como resultado tenemos una crisis, no del euro pero una tremenda crisis económica en algunos países de la eurozona, especialmente en los países miembros del sur de Europa.

Y esta crisis tiene dos causas manifiestas, que, si se omiten las características especiales de cada país, como la burbuja inmobiliaria en España, o la sobredimensión del sistema bancario en Chipre, Islandia e Irlanda, han sido igualmente efectivas en la mayoría de los países, sobre todo en los industrializados de occidente.

Estas son, en primer lugar, una crisis de endeudamiento, y en segundo lugar una crisis bancaria, que debido a la socialización de las pérdidas privadas a su vez ha llevado a un incremento masivo de la deuda pública y que con el paso del tiempo ha impactado en la vida económica real en forma de crisis.

Pero también en el caso de estos fenómenos, crisis de endeudamiento y bancaria, se trata más bien de síntomas que de verdaderas causas, más bien de la fiebre que señala que hay una disfunción patológica del organismo.

Y en efecto, desde mi punto de vista, las verdaderas enfermedades y crisis son otras, concretamente:

1. Vivimos desde hace ya tiempo por encima de nuestras posibilidades, gastamos más de lo que ganamos, nos permitimos en parte lujos a costa de las generaciones venideras. Esto no solo es tonto, sino también irresponsable.

Tomemos, por ejemplo, a Alemania, el supuesto país modélico. Organizamos la Reunificación como una gran Fiesta de la Cerveza, con dinero que no teníamos, y contrajimos deudas adicionales de más de un billón, que deben ir pagando las generaciones posteriores a plazos, cuando de todas maneras por razones demográficas los gastos sociales explotarán. Y a pesar de la buena situación coyuntural actual y de la abundante recaudación fiscal nos permitimos también en este año decenas de miles de millones de nuevo endeudamiento, si bien a un tipo de interés históricamente bajo. Y mientras predicamos agua para los demás, nuestros partidos se superan una vez más en promesas y regalos electorales por los comicios que tendrán lugar dentro de una semana.

¿Qué nos dice esto?

Las democracias, con sus políticos profesionales que dependen de su reelección, con su ritmo, tan beneficioso como peligroso, de legislaturas cortas, son, a pesar de la afirmación de Churchill de que es la menos mala de todas las formas de Estado, extremadamente propensas al populismo, al servilismo y al clientelismo, lo que finalmente no son más que expresiones más sofisticadas de corrupción.

Probablemente no sea una casualidad el que la crisis de la deuda pública sea sobre todo un fenómeno de los estados democráticos.

Y no estoy levantando el dedo acusador dando una lección de moral, no participo de la vituperación de la política y los políticos, tan frecuentes hoy en los círculos intelectuales alemanes. Al fin y al cabo, como la mayoría de los críticos no tenía que someterme cada cuatro años a una elección. Por el contrario, lo único que hago es constatar que nosotros, los electores, precisamente por el hecho de que los políticos se esfuerzan por obtener votos, y de hecho es su obligación, al final tenemos los políticos que nos merecemos. O digámoslo de una forma más optimista: si nosotros, incluyendo de nuevo de manera especial a los intelectuales en las universidades, les dejamos claro a los políticos las cosas que nos importan - digamos la insobornabilidad, el sentido de justicia social, la protección del clima, la solidaridad - entonces los políticos también responderán a eso. La evolución del partido de los Verdes y la protección del medio ambiente es una muestra de cómo esto puede funcionar.

Pero hasta ahora lo único que hemos hecho, volviendo a la crisis de endeudamiento, ha sido exigir cada vez más, y rara vez hemos hecho una llamada a la austeridad [en nuestro propio país. el T.].

Por el contrario, gran parte de la sociedad, en especial (pero no solo) los ricos, han aprovechado todos los resquicios, tanto legales como ilegales, para que su tributo a la sociedad, al Estado y a los sistemas sociales se mantenga todo lo bajo que se pueda; desde la ilegal economía sumergida, que tristemente celebra un renacimiento dorado en partes de Europa, donde se considera un delito de caballeros, pasando por los artificios legales más inverosímiles que solo les



hacen pagar una limosna en concepto de impuesto industrial a las más ricas empresas norteamericanas de tecnología de la información, hasta las simples evasiones de capital, que por causa de la competencia entre estados en materia de impuestos incluso se promueven también dentro de la EU.

No obstante, la moral del contribuyente para pagar impuestos también tiene algo que ver con la buena gobernanza. Los ciudadanos sólo le confiarán su dinero al estado si tienen confianza en que se va a utilizar de manera justa, ahorrativa y efectiva. Pero esto no es, desgraciadamente, siempre el caso. De esta manera resulta obvio por ejemplo que la confianza en la élite política en Grecia e Italia, por razones que también puede llegar a entender el observador externo, precisa todavía de una gran reparación.

He dicho que vivimos desde hace tiempo por encima de nuestras posibilidades, y al referirme a “nosotros” lo hago sobre todo, aunque no exclusivamente, al conjunto del Estado [alemán. el T.], que al fin y al cabo, junto con los sistemas sociales, administra aproximadamente la mitad de nuestro producto nacional bruto, es decir, 50 céntimos de cada Euro.

Pues bien, se pueden nivelar los desequilibrios de dos maneras. Una es ahorrando, lo que es correcto cuando sucede en el lugar y en la dosis adecuados. Pero por el momento se está llevando a cabo en el sur de Europa con una fuerza bruta que probablemente produzca más daños colaterales que beneficios. Esto sucede especialmente cuando se abusa del sistema educativo, es decir, de la inversión en la juventud y con ella en el futuro, como recurso para tapar los agujeros presupuestarios. Esto es como cuando uno se come las semillas, lo cual, como es sabido, hacían nuestros antepasados campesinos solo poco antes de morir de hambre.

Hace unos años seguíamos con gran simpatía las manifestaciones de la juventud española en nuestras noticias, ahora solo vemos protestando de vez en cuando a algún sindicalista o trabajadores del sector público. ¿Qué ha ocurrido? ¿Acaso se ha resignado ya la gente joven? Desde luego sería una evolución realmente peligrosa.

Pero se puede también, sin tener que suprimir el ahorro, sino en una inteligente combinación entre recortes e inversiones oportunas, mejorar la parte de los ingresos. Eso es, en mi opinión, lo que ha conseguido llevar a cabo Alemania después de la Segunda Guerra Mundial y ahora de nuevo a través de una política de modernización desde mediados de los años 90.

Europa debe aceptar e interiorizar que ya no puede seguir viviendo de sus colonias y desde luego tampoco de su superioridad técnico y económico. Tenemos que reconocer y sacar nuestras conclusiones del hecho que los países emergentes y en vías de desarrollo que hasta ahora servían a nuestras empresas solo como suministradores de materias primas, como mercados o como sedes más baratas, se estén convirtiendo cada vez más en competencia, con productos propios, no solo más baratos, sino también de gran calidad, llegando incluso a convertirse en empresas líderes en el mercado, pensemos en Corea del Sur, India y también China.

Y no saldremos indemnes de esta competición ni podremos mantener nuestro nivel de vida si dejamos de producir y queriendo vivir solo de copias, bienes inmuebles, servicios financieros y turismo, como si viviéramos, en palabras de Helmut Kohl, en parques temáticos colectivos. Al fin y al cabo, la crisis de la deuda europea tiene que ver también, con nuestra menguante competitividad global.

Sí, y también está la crisis bancaria, de la que ya he dicho alguna cosa y solo quiero ya sacar conclusiones.

Bajo mi punto de vista tiene su origen en la caída del llamado socialismo real en la URSS y en China y la victoria total del modelo de economía de mercado occidental.

Tan inservible como fue el socialismo como forma de economía, como idea de un mundo social mejor fue siempre una espina en el zapato del capitalismo, entusiasmó a jóvenes idealistas y obligó a capitalistas empedernidos a ciertos compromisos.

Esto se acabó, como muy tarde, a principios de los años 90, al menos en el mundo angloamericano, que era el que marcaba las pautas. Comenzó en ese momento una fase del neoliberalismo y el neocapitalismo como hasta entonces no se había dado, de riendas sueltas, de romper las cadenas de los mercados financieros, de abolir los controles y las condiciones encargadas de imponer disciplina, de especular y jugar a los juegos de azar sin freno y más allá de todos los valores económicos reales, hasta que los bancos se convirtieran en monstruos que podían hacer presión sobre la política casi a voluntad. Y ni ellos mismos ya habrían de pagar por sus fechorías porque su liquidación habría significado supuestamente o de hecho una amenaza aún mayor. Demasiado grande para morir, como reza el dicho.

Y de esta manera los Estados, o los fondos de rescate y bancos emisores creados por ellos, se hicieron cargo con cientos de miles de millones de euros de todos los riesgos sospechosos, gracias a los cuales muchos inversores ya se habían hecho ricos. Las bonificaciones a los banqueros y los sueldos de los mismos hace mucho que han adquirido dimensiones obscenas, hasta los escandalosos cien millones de euros que ha pagado hace poco el Real Madrid por un jugador galés solo conocido por unos pocos iniciados. Y esto naturalmente solo lo ha podido pagar con créditos del sector bancario español, que ya tiene que ser mantenido con vida con considerables sumas procedentes de los impuestos.

Y los Estados, ¿qué pueden hacer? Les pasan la cuenta a los contribuyentes, incluso a aquellos que quizás ni se puedan permitir siquiera una cuenta de ahorro. Un nuevo mundo feliz.

Y nosotros en medio de todo esto. Que nadie diga que son solo los malvados banqueros. También cada uno de nosotros se ha dejado arrastrar cada vez más por el baile alrededor del becerro de oro, por la tríada formada por dinero, avaricia y codicia, que ha ido desplazando poco a poco a los sagrados valores occidentales tantas veces evocados en los sermones dominicales, hasta formar parte ya tan solo del reino de los enternecedores cuentos de la abuela.

¿Y cómo se sale de ahí? Para eso seguro que no existe una receta sencilla, y yo desde luego no voy a ofrecer aquí ninguna.

Me importa mucho más explicar que la crisis financiera y de deuda, también y quizás en primer lugar, sea la expresión de una falta de orientación moral, de la cual nuestras universidades, como explicaré más tarde, no son del todo libres de culpa, porque han renunciado ya hace tiempo a su misión de educar, en beneficio de una función calificadora de carácter meramente tecnocrático.

Y también me importa otra cosa que deberíamos aprender de la crisis financiera, para que ésta quizás pueda desplegar todavía su sentido terapéutico:

Ahora, como muy tarde, deberíamos haber entendido todos lo que significa la globalización, y a lo que puede dar lugar sobre todo en un sentido negativo. Deberíamos ver que también lo que aparentemente solo son cuestiones de relevancia local o regional, como por ejemplo la irresponsable e insensata concesión de créditos de los bancos hipotecarios americanos, más tarde o más temprano puede impactar en la misma puerta de nuestras casas.

Y deberíamos comprender que desde luego ya no somos capaces de controlar esas cuestiones globales con nuestros tradicionales instrumentos nacionales, que nosotros, como naciones - y en parte también como Unión Europea de 28 Estados - sólo podemos ir a remolque de los intrincados y veloces procesos globales. Los esfuerzos de las 20 economías nacionales más fuertes en San Petersburgo, celebrados por algunos como un nuevo comienzo, ahora, en el año cinco de la crisis, se antojan conmovedores, vistas las incesantes amenazas de los mercados del capital y los bancos gigantes.

Y éstas no son las únicas amenazas que se ciernen sobre nuestro escenario ya definitivamente global. Pensemos en el clima y el calentamiento global, en el suministro de energía, el agua potable y la alimentación para una población mundial que aumentará en al menos dos mil millones de personas en los próximos cincuenta años, pensemos en la explotación de los recursos fósiles, la cada vez más insalvable brecha entre muy ricos y muy pobres, existente tanto en nuestros propios países como entre los países de esta tierra – en la India 400 millones de personas siguen viviendo con menos de 1,25 dólar al día -, las

crecientes tensiones étnico-sociales y religiosas hasta el terrorismo de tintes religiosos, el aumento de los fundamentalismos y fanatismos en muchas partes del globo, también de occidente, el espionaje global de todas las comunicaciones digitales bajo el pretexto de la defensa de la libertad, los peligros de una criminalidad internacional bien organizada y de rápido crecimiento, nuestra dependencia, apenas discutida, de las redes digitales, y tantos otros asuntos.

Todos ellos fenómenos que no respetan las fronteras y que por ello tampoco pueden solucionarse con las pautas de pensamiento y acción del estado nacional decimonónico. Ni tampoco con una educación que sigue siendo profundamente deudora, consciente o inconscientemente, de estas pautas antiguas.

Si queremos defender, y esta es mi conclusión final, nuestra esperanza de una globalización, por inevitable y ambigua que sea, más justa y repartida, si no solo queremos sufrirla sino influir en su curso, necesitamos dos cosas:

1. Un acuerdo global y fundamental sobre un modo de vida justo, sobre unas reglas de juego justas para un mercado global que no solo tenga consideración con los ganadores sino también con los perdedores.
2. Reglas y acuerdos globales, incluso mecanismos de observación y sanción que garanticen el cumplimiento de estos “minima moralia mundi”.

Puede que suene ingenuo o incluso utópico en vistas de los desgarros y conflictos de la política mundial, como por ejemplo en Siria. Pero no lo veo así, soy optimista, si solo presionamos con la suficiente creatividad.

Ya disponemos de un gran número, más que uno cree, de mecanismos internacionales de cooperación, negociación e incluso de conciliación y jurisdicción, desde la organización mundial del comercio pasando por las federaciones deportivas con sus sofisticados sistemas de reglas hasta la corte penal internacional, además de un creciente número de ONGs cuyo eficaz uso de los nuevos medios como facebook, twitter, youtube etcétera ya señala en el horizonte la construcción de una sociedad civil internacional al margen del

control estatal – que sin embargo, siendo tan ambivalente como la misma globalización y todas las conquistas tecnológicas de la humanidad, también puede ser usada con intereses sesgados y hasta criminales.

A fin de cuentas, la globalización obliga, para bien o para mal, al acercamiento entre los humanos, y se buscará sus propias reglas – pero no necesariamente y por si mismas estas reglas serán las adecuadas.

Y es en este punto en el que entramos en escena nosotros, las universidades, los y las estudiantes y profesores, y tenemos que asumir nuestra responsabilidad. A ello quiero dedicar la última parte de mis planteamientos.

Damas y caballeros, las universidades indudablemente tenemos dos misiones destacadas, también podría llamarlas privilegios, que la cualifican especialmente e incluso la predestinan para esta responsabilidad:

Como lugar eminente para la investigación, por un lado, las universidades participan de la decisión sobre qué se investiga y a quiénes han de servir estas investigaciones. Y siendo el lugar superior de la educación, por el otro, las universidades preparan una gran parte de la juventud para funciones y profesiones superiores, entre ellas también las futuras élites que deliberarán y decidirán sobre el destino del mundo.

Ante el trasfondo de la globalización como lo he descrito antes, esto necesariamente tiene las siguientes implicaciones:

En la investigación, que aquí solo puedo tratar de modo somero, las universidades tendrían que dedicarse más que hasta ahora a la agenda de los retos y problemas globales. Y como autoridad científica tendrían que levantar su voz más de lo que lo han hecho hasta ahora cuando, interviniendo en debates y proponiendo soluciones precisamente de alcance global. Al margen del comprensible interés de asegurar la propia posición en la competición científica tiene que haber la clara voluntad de unirse entre personas de ideas e ideales compartidos e influir en la sociedad y la política, lejos de la torre de marfil.

Mi propuesta inicial, hecha medio en serio medio en broma, de reunir en cónclave a los mejores economistas, solo sería un ejemplo. Se podría aplicar

también a otras ciencias, siendo además que la mayoría de los problemas globales tampoco se pueden limitar a las especializaciones y acotaciones de las disciplinas científicas.

En este sentido, también deberían responder a esta llamada las Humanidades, que se refugian demasiado en sus propios conciliábulo y gacetas y ya hace mucho han dejado de liderar los grandes debates intelectuales de nuestra época, posiblemente también porque hasta hoy apenas han sido capaces de organizarse y articular grandes alianzas. Sin embargo sería muy necesario, pues los mayores problemas de la globalización, y estoy convencido de ello, no son de tipo científico-técnico sino que tienen que ver con la orientación intelectual de una sociedad multipolar y multicultural, pero a la vez globalmente interdependiente.

Y qué significa ahora el reto de la globalización para el estudio y la enseñanza en nuestras universidades, especialmente en relación a la educación de las élites de mañana?

Llama la atención que esta pregunta, que se antoja de vital importancia, apenas se plantea, y ni mucho menos se responde, en los documentos educativos oficiales por ejemplo del proceso de Bolonia. Lo único que ahí se lee sobre las necesarias competencias de nuestros futuros titulados, es “empleabilidad”, a lo mejor también “competitividad”, por lo demás sólo se habla de estructuras administrativas, organización y política.

Es lógico, entonces, que muchos, incluyéndome a mí mismo, califiquen el proceso de Bolonia como una obra anémica de tecnócratas que adolecen por completo de cualquier gran ideal educativo como lo era el de Humboldt. Leyendo estos textos, tampoco a mí se me ocurre otro ideal que precisamente ese “hombre que funciona”, la antítesis del hombre libre planteada por el propio Humboldt. Eso es demasiado poco, no debemos darnos por satisfecho con eso.

Para mí, el ideal educativo de la era de la globalización es el “global citizen of European origin”, una persona abierta y cosmopolita, consciente tanto de sus raíces como de su responsabilidad global, que se caracteriza por su capacidad de competir, de colaborar y de ayudar en solidaridad, mediante la responsabilidad y el juego limpio.

¿Y cómo forma nuestra Universidad actual a ese “ciudadano global”? El poco tiempo que me queda sólo me deja esbozar algunos conceptos importantes al respecto:

1. Sobre la competitividad ya se ha dicho y hecho mucho en nuestras universidades, pero se debería dar mucho más importancia a la dimensión internacional de los estudios, empezando con los contenidos curriculares de lenguas extranjeras hasta la movilidad internacional. Quien quiera vender sus productos en el mundo, también tiene que conocerlo.

2. Cooperación. Ya dije antes que la globalización y especialmente la competencia transfronteriza exige más reglas comunes. Sin la reglamentación de la OMC no habría sido posible la expansión exponencial del comercio mundial, y sin las reglas de la FIFA no habría mundiales de fútbol. Pero estas reglas, que por cierto ya no se negocian solo entre estados sino también entre interlocutores privados, ya no deben regirse, como antes casi siempre, por el derecho del más fuerte, es decir, Europa o los Estados Unidos, sino por un sentido común que conoce y entiende las mentalidades e intereses de los demás implicados. Ello requiere capacidad de empatía y de contraer un compromiso justo, un arte más fácil de pedir que de encontrar.

3. Solidaridad. Al igual que en una comunidad nacional existe un cierto deber de solidaridad del fuerte frente al débil, lo mismo también debe existir en una sociedad internacional cada vez más conectada en la que riqueza y pobreza se reparten de manera profundamente injusta. Y eso que del lado del rico no solo se trataría de altruismo o de complacer a Dios sino también claramente del interés propio: pues el rico no puede disfrutar ni estar seguro de su riqueza si está rodeado, quizás asediado y finalmente asaltado por los pobres. Y hemos visto muchas veces como el deudor de hoy se convierte en el acreedor de mañana. China y Brasil sirvan de ejemplo.

Por consiguiente, competitividad y cooperación, interés propio y solidaridad, no se excluyen sino que se condicionan mutuamente. Esto se aplica tanto a pequeña como a gran escala.



¿Cómo enseñar, entonces, estas características del „ciudadano global“ a nuestras futuras élites? Ese es un tema que merecería una conferencia aparte. Por falta de tiempo me limitaré aquí a una única proposición, para mí la más importante, que también afecta a su campo, el aprendizaje de lenguas extranjeras: Lo mismo que el niño no aprende a andar si se le lleva en carrito, o que uno no aprende a nadar en los libros, o a conducir un coche en la televisión, no se enseña a comprender los retos y peligros de la globalización o se facilita la adquisición de una competencia intercultural mediante la instrucción académica o el dedo moralizante.

Es importante dotar los contenidos de nuestros planes de estudio con una dimensión internacional, pero más importante aún es experimentar esos contenidos en el propio cuerpo, abandonar las propias cuatro paredes, hacer amigos como extranjero entre desconocidos, exponerse y abrirse a otras culturas, lenguas y maneras de pensar, cuestionarse las propias certezas, redefinir así la propia identidad.

„Nada es comparable“, escribe Goethe durante su famoso viaje a Italia, „a la nueva vida que le permite a una persona reflexiva la contemplación de un país nuevo. Si bien aún sigo siendo el mismo, sí se me antoja que he cambiado hasta los tuétanos”.

Que eso sigue siendo exactamente así hoy en día lo sabemos de nuestros becarios. Por eso hoy es más importante que nunca realizar una parte de los estudios en el extranjero. Y por ello una estancia en una Universidad extranjera debería ser la regla para todos los que quieren participar activamente en los designios del mundo.

Pues, como en una ocasión Alexander von Humboldt lo expresó de modo muy certero, “no hay nada más peligroso que la visión del mundo de aquellos que nunca vieron mundo”.

En este sentido no puedo más que animarles a continuar y no cejar en su trabajo. Si queremos afrontar con éxito los verdaderos retos del futuro, y estamos obligados a hacerlo, su trabajo es de enorme importancia.

Muchas Gracias por su atención y paciencia.